

Experiencia de trabajo solidario y consumo de sustancias adictivas con adultos jóvenes de un sector popular en Aguascalientes, Ags.

María Eugenia Perea Velázquez

Profesora investigadora de tiempo completo en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, Aguascalientes, México.

 <https://ror.org/03ec8vy26>

 eugenia.perea@edu.uaa.mx

 <https://orcid.org/0009-0007-9074-2954>

Cecilia Torres Carrasco

Profesora asistente de investigación en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, Aguascalientes, México.

 <https://ror.org/03ec8vy26>

 cecilia.torres@edu.uaa.mx

 <https://orcid.org/0009-0008-6453-6011>

Ana Helene Sandoval González

Profesora de la Licenciatura en Trabajo Social de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, Aguascalientes, México.

 <https://ror.org/03ec8vy26>

 ana.sandoval@edu.uaa.mx

 <https://orcid.org/0009-0009-8557-0988>

Cómo citar

Perea Velázquez, M. E., Torres Carrasco, C. y Snadoval González, A. H. (2025). Experiencia de trabajo solidario y consumo de sustancias adictivas con adultos jóvenes de un sector popular en Aguascalientes, Ags. I.C. Investig@cción, 14(28), 90-126. <https://doi.org/10.69986/DMYV9151>

Recepción: 15 de julio de 2025

Aprobado: 9 de octubre de 2025

RESUMEN

El presente trabajo es una investigación cualitativa que abordó el tema del consumo de sustancias adictivas con un grupo de adultos jóvenes, hombres y mujeres denominado Familia Dieciochera. El estudio explora la relación entre el consumo y su acción solidaria. Para ello se utilizó el Modelo de Intervención para la Práctica Comunitaria

e Institucional ([Perea et ál., 2018](#)), que incorpora la investigación acción participativa (IAP); es importante señalar que no se trabajó con una muestra, sino con la totalidad (33) de los y las integrantes del grupo. Desde la perspectiva de Trabajo Social se rescata en este documento la experiencia vivida con ellos; se presenta un análisis teórico conceptual de las adicciones y la solidaridad, y otro que surge a partir de la práctica misma. Entre los hallazgos más relevantes se identificó al grupo como un Modelo de Contención para el Consumo de Sustancias Adictivas, reconociendo en ellos su origen, que emerge desde la base social misma en respuesta solidaria a necesidades concretas de su entorno y de las distintas vivencias de su realidad, respecto a la acción de apoyo social que realizan hacia personas que viven en semejantes condiciones de precariedad socioeconómica; van encontrando sentido a sus vidas, modificando su comportamiento y regulando el consumo de sustancias adictivas, resignificando además el apoyo entre ellos y hacia sus semejantes, siendo trascendental la transmisión de estas prácticas de apoyo solidario a sus hijos e hijas, los cuales son involucrados en el acompañamiento del que forman parte con sus padres, lo que sin duda constituye un aporte e innovación social hacia las nuevas generaciones y a su propio entorno social.

Palabras clave: consumo, sustancias adictivas, solidaridad, jóvenes.

ABSTRACT

This qualitative study addressed the issue of substance use among a group of young adults—both men and women—known as Familia Dieciochera. The research explores the relationship between substance use and their solidarity actions. The Intervention Model for Community and Institutional Practice (Perea et al., 2018) was used, using Participatory Action Research (PAR). It is important to note that the study did not work with a sample but rather with the entire group of 33 members. From the perspective of Social Work, this paper takes the lived experience shared with them. It presents both a theoretical-conceptual analysis of addictions and solidarity, as well as another analysis emerging directly from practice. Among the most relevant

findings, the group was identified as a Model of Containment for Substance Use, recognizing its origins as emerging from the social base itself in a solidarity-based response to concrete needs within their environment and diverse life experiences. Through their social support actions toward people living under similar socio-economic precariousness, they find meaning in their lives, modify their behavior, and regulate substance use. Furthermore, they reframe mutual support among themselves and toward others. A key element of this process is the transmission of these solidarity practices to their sons and daughters, who are involved in the accompaniment and support activities carried out by their parents. This, without a doubt, represents a valuable contribution and social innovation for new generations and their broader social environment.

Keywords: *consumption, addictive substances, solidarity, youth.*

INTRODUCCIÓN

El abuso de sustancias, desde hace varios años, se ha consolidado a nivel mundial como uno de los principales y más severos problemas sociales y de salud pública; esta problemática sigue incrementándose y afectando principalmente a la población más joven. México no ha sido la excepción e indudablemente, la problemática ha impactado en diversos aspectos del país, no solo cuestiones de salud física y mental, las consecuencias del abuso de sustancias las han padecido adolescentes, jóvenes, hombres, mujeres, familias de los consumidores y sociedad en general.

Los datos estadísticos del consumo de sustancias en México son preocupantes, según la Encuesta Nacional de Consumo de Drogas, Alcohol y Tabaco 2016-2017 (es la versión vigente hasta la fecha), el consumo de cualquier droga en el país es de 10.3 %. Lo alarmante es que en 2011 el porcentaje era de 7.8 %, es decir, el consumo aumentó y no solo en sustancias como el alcohol o el tabaco; las drogas ilegales pasaron del 7.2 al 9.9, esto es, que en 5 años, aproximadamente, el consumo de drogas ilegales se incrementó más del 2 %, a pesar de

las políticas públicas, de las intervenciones y de los esfuerzos por disminuir el consumo.

El contexto de uso de sustancias adquiere características particulares, que influyen en la problemática: nuestro país es productor de ciertas sustancias ilícitas, pero también es tránsito para otras, lo que ha ocasionado que se tenga mayor acceso y facilidad para el consumo, el cual incrementa año con año y trae consigo un considerable costo social, económico y en materia de seguridad, siendo el narcotráfico de drogas el más beneficiado ([Medina et ál., 2013](#)), además de problemas de salud pública.

El Sistema de Vigilancia Epidemiológica en Adicciones 2023 (SISVEA) identifica patrones de consumo de sustancias en la población que acude a centros de tratamiento no gubernamentales, urgencias, centro de tratamiento para adolescentes e, incluso, del Servicio Médico Forense (SEMEFO), reconociendo que las principales sustancias de inicio y en orden de consumo son: el alcohol, tabaco y marihuana, siendo por tanto las que se consumen con mayor frecuencia; no obstante, llama la atención que desde el año 2017 los estimulantes de tipo anfetamínico (ETA), denominado comúnmente como “Cristal”, se posiciona en cuarto lugar como droga de inicio, desplazando a los inhalables y con tendencia al alza (8.8 % en 2021 y 9.3 % en 2022). Por otro lado, la heroína, cocaína, inhalables y alucinógenos han tenido un descenso considerable como droga de inicio.

Específicamente en el estado de Aguascalientes, los tres primeros lugares como droga de inicio son: alcohol, tabaco y marihuana; en cuarto lugar, el Cristal. En relación a la droga de impacto, el primer lugar lo ocupa el Cristal con un 66.7 %, el alcohol un 20.6 % y la marihuana con un 7.4 %. La edad de inicio de consumo de drogas va de los 13 a 15 años con un 36.9 %, el 23.4 % reporta haber iniciado de los 16 a 18 años y el 14 % comenzaron el consumo después de los 18 años, es decir, que el 60 % inicia el consumo antes de los 18. Esta edad es en la que se debe centrar el grueso de los esfuerzos de prevención, de

acuerdo a estos datos estadísticos, y además, considerar que el Cristal es la droga de inicio, sustancia altamente adictiva y destructiva.

Cabe señalar que existen muchos estudios y encuestas sobre adicciones de corte cuantitativo, de amplia cobertura y muy documentados, que dimensionan dicha problemática de carácter multidimensional, que como ya se anotó, se ha constituido en un problema de salud pública, social, cultural y de seguridad. Muchos de estos trabajos utilizan métodos cuantitativos que han probado ser muy útiles, pero para profundizar en aspectos psicosociales del consumo de sustancias adictivas y, en especial, para acceder a estas poblaciones de alto riesgo, es necesario llevar a cabo estudios de corte cualitativo, desarrollando y/o adaptando técnicas de orientación cualitativa de acuerdo con las necesidades particulares de los grupos estudiados.

El objetivo central de esta investigación es: comprender la significación de la participación solidaria y su relación con el consumo de sustancias adictivas desde la perspectiva de los y las jóvenes de la Familia Dieciochera (FD) para plantear de manera conjunta estrategias de atención; por ende, la pregunta de investigación gira en torno a entender ¿cuál es la significación de la relación que existe entre su acción de apoyo social y el consumo de sustancias adictivas? ¿Qué sentido tiene para ellos esta labor?

En este caso particular se llevó a cabo un estudio cualitativo basado en la implementación del Modelo de Intervención para la Práctica Comunitaria e Institucional (MIPCI), ([Perea et ál., 2018](#)), el cual es producto de la experiencia investigativa y práctica desde el trabajo social, fungiendo como guía en el proceso de inserción e involucramiento en la FD el método de la Investigación Acción Participativa (IAP), orientado a comprender y a fortalecer sus prácticas de apoyo solidario.

El soporte teórico en el que se basa este estudio es la teoría de la cultura de [Genaro Zalpa \(2020\)](#), que funge de apoyo en la lectura de la vida cotidiana del grupo, para considerar las interacciones e intersubjetividades, las creencias, sus prácticas de apoyo solidario y la concepción de las y los jóvenes como agentes sociales que pueden incidir en el cambio de su entorno de manera colectiva y con capacidad de agencia para reflexionar, decidir y actuar en su entorno inmediato. Todas ellas son categorías a través de las cuales se analizaron los procesos de organización, de participación, de gestión y el vínculo y significación que tienen entre la acción solidaria y el consumo de sustancias adictivas como factor de protección y contención.

A lo largo de la investigación e intervención que se llevó a cabo durante dos años (2023 y 2024), se analizó cómo dichas prácticas solidarias no sólo representan una forma de organización comunitaria, sino también una estrategia significativa que les permite afrontar los desafíos emocionales y sociales derivados del consumo problemático de sustancias adictivas. La participación activa en este colectivo se convierte así en un recurso que otorga sentido a sus vidas y refuerza su propósito de disminuir el consumo de sustancias.

La inserción como investigadoras y trabajadoras sociales ha permitido nuestra integración de manera respetuosa en las dinámicas del grupo, misma que data desde el año 2020 (en franca pandemia), involucrándose y participando en sus acciones sociales periódicas. Este proceso ha sido bidireccional porque el aprendizaje ha fluido en ambos sentidos, al observar sus formas de resistencia, organización y reconstrucción del tejido comunitario.

A pesar de las condiciones sociales adversas que enfrentan las y los integrantes de la FD, han demostrado capacidad para organizarse, ejercer liderazgos compartidos y participar activamente en su entorno para reivindicar con orgullo su identidad estigmatizada de cholas y cholos, generando espacios de participación, gestión y compromiso social que desafían los imaginarios negativos que se les han impuesto.

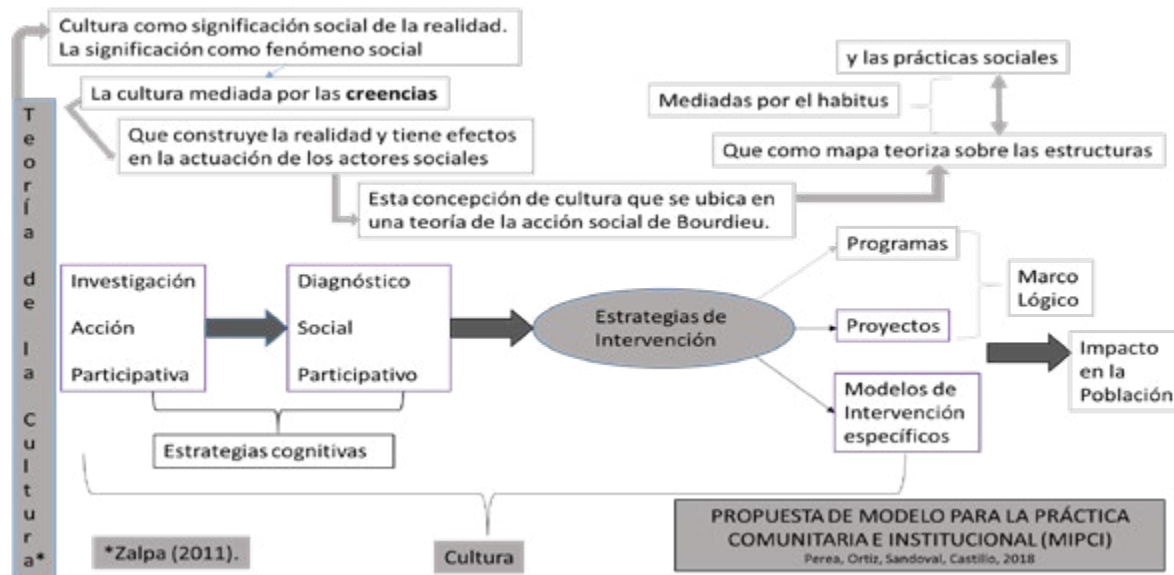
Esta experiencia de intervención solidaria constituye un ejemplo valioso de organización comunitaria que parte desde la misma base social y puede ser vista como un modelo replicable para el trabajo con personas que enfrentan dificultades vinculadas al consumo de sustancias, además de una innovación social por parte de este grupo social. Su acción colectiva resignifica su identidad y fortalece vínculos sociales, aportando a una transformación desde lo comunitario.

MÉTODO

El Modelo de Intervención para la Práctica Comunitaria e Institucional (MIPCI), desarrollado por [Perea et ál. \(2018\)](#), y sustentado en la teoría de la Cultura de Genaro Zalpa, fue utilizado como base para la intervención de este estudio. El MIPCI integra estrategias cognitivas y de intervención de carácter participativo, como la Investigación Acción Participativa [IAP] ([Ander, 1990](#)), Diagnóstico Social Participativo y Marco Lógico (ver Figura 1). Este modelo se ha adaptado a las circunstancias del trabajo de campo con la FD, lo cual ha permitido un acompañamiento constante al grupo, a través de la participación del equipo de investigación en las reuniones semanales, organización y las acciones solidarias, manteniendo un proceso dialógico de intercambio de ideas y propuestas.

Figura 1

Modelo para la Intervención en la Práctica Comunitaria e Institucional (MIPCI)



Nota: Tomado de [Perea et ál. \(2018, p. 136\)](#).

A partir del año 2023 se decidió de manera conjunta abordar el tema de las adicciones, ya que en ese momento dos integrantes de la FD habían recaído en el consumo de sustancias. Los compañeros los contactaron e invitaron a la reunión semanal, sólo uno de ellos aceptó estar presente, la reunión se convirtió en una sesión socioterapéutica, cada uno de ellos compartió desde su propia experiencia, para exhortar y mostrar su apoyo al compañero, situación que llevó a la reflexión grupal y el equipo de trabajo social propuso una investigación sobre las adicciones. El grupo de la FD aceptó y el proyecto de investigación se denominó formalmente: “Significación del consumo de sustancias adictivas, factores asociados y apoyo solidario... Una visión desde los y las adultos jóvenes integrantes de la Familia Dieciochera en Aguascalientes”; considerando como eje, sus prácticas de apoyo solidario, las que llevan a cabo desde que se agruparon como FD en 2018, antes de la pandemia.

Respecto al muestreo, no se eligió una muestra de población específica, por lo que se trabajó con todo el grupo de mujeres y hombres adultos jóvenes, con un total de 33 miembros, de los cuales 11 son mujeres y 22 son hombres, destacando que las mujeres son pareja de los adultos jóvenes de la FD; sus edades oscilan entre 30 y 45 años.

La forma de obtener información se llevó a cabo mediante las reuniones grupales en donde todos y todas participaban con sus puntos de vista, se recabó información mediante diarios de campo; empleando técnicas como la observación participante y entrevistas en profundidad, haciendo mención importante al respecto, que se contó con el consentimiento informado de las y los jóvenes de la FD para poder trabajar el tema con ellos en las distintas modalidades.

En cuanto a la implementación del MIPCI, cabe hacer algunas precisiones, partiendo de que la realidad es dinámica y cambiante, por lo que, en la intervención, y propiamente el trabajo en campo, la metodología no consiste estrictamente en procesos sistemáticos de

trabajo como rigurosamente se podría pensar y planear en términos teórico metodológicos, sino que se adecua a las circunstancias y ha consistido en un acompañamiento constante desde la pandemia del COVID-19. En este estudio, se estuvo participando en su organización, en sus reuniones y en sus acciones solidarias; la constante ha sido un proceso dialógico en donde el intercambio de ideas, opiniones y propuestas y su ulterior lectura por parte del equipo de investigación, para posteriormente llevar estas reflexiones al grupo, compartirlas y discutir las con ellos y ellas, teniendo como finalidad consensuarlas o bien desarrollarlas ampliamente, en un trayecto que implicaba un ir y venir, del equipo de investigación hacia ellos y viceversa, siendo este el proceso y la experiencia de trabajar con la IAP. Cabe destacar que la IAP ([Fals Borda, 1997](#)) propició y favoreció sin duda, una relación horizontal y de empatía entre la FD y el equipo de investigación, porque con el tiempo se ha logrado que identifiquen al mismo como parte de la FD, desde luego, sin dejar de ser agentes externos al contexto socioeconómico y cultural de la zona oriente de la ciudad de Aguascalientes, en donde ellos nacieron, han crecido y han visto transcurrir su día a día.

Este proceso de inmersión como parte de la IAP ha seguido esta trayectoria porque así ellos lo definieron claramente, al oponerse a trabajar como inicialmente se venía haciendo, en donde se planeaba metódicamente las sesiones: mediante hojas de rotafolio, plasmando lo que pensaban y sus propuestas con respecto a la dinámica del grupo; a las formas de obtener fondos para las acciones solidarias; y lo referente a los temas de adicciones; todas las sesiones se trabajaron en forma paralela o bien como lo iba marcando la propia dinámica del grupo; empleando el árbol de problemas y objetivos como herramienta participativa; el trabajo en equipos; preguntas generadoras referente a las adicciones como grupo focal para su discusión; todas ellas, técnicas que favorecieron para analizar de forma participativa las problemáticas y las posibles soluciones.

En lo que respecta propiamente a la obtención de la información en campo de esta problemática y el trabajo de sistematización, se llevó a cabo mediante el análisis dialógico que se hacía en cada reunión con el grupo, así como a través del análisis de bitácoras y crónicas de grupo, que se hacían sobre la marcha, intercambiando puntos de vista, destacando en el análisis los aspectos de interés como las categorías y la discusión de los mismos, los cuáles se plasmaron en *memos* que se trabajaban en el programa Word (porque no se contaba con MAXQDA, software que se utiliza para analizar datos cualitativos), así como el empleo de sus herramientas de revisión, como son los comentarios para ir identificando en ellos las categorías de análisis como las prácticas de apoyo solidario, las creencias y la significación de su relación con el consumo de sustancias adictivas y el apoyo solidario, registrando, analizando y devolviendo al grupo cuando era necesario rescatar la discusión sobre temas de interés del mismo para profundizar en ellos, o bien dando cuenta de la interacción y dinámica grupal, sobre todo cuando había desacuerdos y se llegaban a suscitar conflictos.

La integración final del trabajo se fue desarrollando mediante la sistematización de las categorías previamente elegidas y ya mencionadas en el párrafo anterior, así como las que fueron surgiendo sobre la marcha, sobresaliendo las formas de organización y de gestión, la transmisión generacional de la solidaridad, la concepción machista para aguantar las recaídas, entre otras. Todas ellas permitieron el desarrollo analítico y su relación con la teoría para finalmente sistematizar la información y arribar al informe que se rindió y desde luego, al presente documento.

Conceptualización de las adicciones y la solidaridad

Aquí se abre el espacio para los aspectos teórico-conceptuales, en donde se cuestiona uno de los conceptos sobre adicciones, respecto a considerarla como una enfermedad mental confrontando con lo observado en la realidad y plantear cómo se observan a partir

de la experiencia de intervención, para posteriormente abordar la conceptualización que se hace desde el Trabajo Social acerca de la Solidaridad como estrategia de intervención, un concepto que parte de la experiencia del trabajo solidario.

Se incluyen dos definiciones sobre las adicciones como parte del objeto de estudio de este trabajo y una parte reflexiva a partir de la experiencia con la FD. En las definiciones se identifica la que propone la Organización Mundial de la Salud ([OMS, 2004](#)), misma que por tratarse de un organismo de carácter internacional se considera aquí, éste la define como un trastorno de salud mental y un trastorno del comportamiento caracterizado por la necesidad compulsiva de consumir una sustancia (p. ej., alcohol, drogas, tabaco) o de realizar una actividad o comportamientos (p. ej., juego, sexo, trabajo) a pesar de los problemas negativos asociados con dicho consumo o actividad. Además, la OMS destaca que las adicciones pueden tener un impacto grave en la salud física y mental de las personas y en su capacidad para llevar a cabo actividades importantes en la vida, como el trabajo y las relaciones personales, así también se incluye otra definición que la concibe como un

grupo de fenómenos fisiológicos, conductuales y cognoscitivos, donde destacan como principales características: la dificultad que tiene la persona para controlar su consumo, es decir, cuando inicia el consumo no puede parar; la prioridad que adquiere el uso de la(s) sustancia(s) por sobre otras conductas, y el deseo intenso de consumir la sustancia a pesar de saber que le hace daño y del impacto que pueda tener en las actividades diarias que no son compatibles con el consumo. ([Cruz et. ál., 2019, p. 5](#))

Respecto a las dos definiciones anteriores, se considera pertinente hacer algunos señalamientos, el primero de los cuales consistiría en precisar que de entrada no se puede definir como un problema de salud mental en sí mismo, sino que el consumo adictivo puede degenerar en él, precisamente cuando éste implica una forma de vida,

que sustituye los afectos familiares, amistosos, incluso la necesidad de alimentación, de cobijo y de protección, se pierde la orientación y prácticamente, se vive ausente de la realidad, siendo entonces que las adicciones no solo son un fenómeno sanitario, sino que también son un fenómeno conductual, fisiológico, social, cultural, económico y político con distintas vertientes que trastocan el nivel microsocioal, la relación de la persona consigo misma, pero que impacta también en el nivel macrosocioal.

La persona que consume asiduamente cae en un torbellino que paulatinamente le va deteriorando sus funciones mentales y biológicas, así como su relación con las y los otros en los distintos ámbitos de la vida: el familiar, el laboral, el de la salud; esa realidad que antes veían y vivían pierde sentido para ellos.

Pero ¿qué hay detrás de las adicciones?, hay familias con prácticas generacionales de crianza violentas en entornos económicamente precarios, en donde también el aspecto cultural del consumo de sustancias adictivas es parte de su vida cotidiana, niños creciendo en estas condiciones, aunadas al abandono, a la falta de empleo, crecimiento en varios barrios, al cobijo del narcomenudeo y en donde, el fácil acceso a las distintas drogas y su consumo, es un hecho que se normaliza y que incluso, es motivo de cuidado entre los mismos habitantes.

El narcotráfico ha tendido sus redes hasta las zonas urbanas y rurales más deprimidas y optan no solo por atrapar a jóvenes y a niños para incorporarlos al consumo de estupefacientes, sino también, para usarlos en la venta de estas sustancias, colocándolos en una situación aún más vulnerable, pues son víctimas del consumo y también de la violencia que genera esta actividad, que muchas veces culmina con la muerte de esta joven población. Aquí, el problema está en que al crimen organizado lo único que le importa son las ganancias que resultan del ingreso de más población y por supuesto, del aumento en el consumo.

Y el problema también es económico y político, porque es un negocio que genera ganancias estratosféricas que no requieren del pago de impuestos, solo el lavado de dinero, pero éste se hace sin mayor problema o bien, se traslada a paraísos económicos en otros países; además crece al cobijo de autoridades de distinto nivel administrativo, que se involucran en el negocio y utilizan los puestos públicos para facilitar dichas actividades que se han diversificado como: el tráfico de personas con distintos fines como la migración, trata de personas para explotación laboral y sexual, tráfico de órganos y elaboración de productos cosméticos con piel de fetos, la venta ilegal de armas, el huachicoleo (no solo interno, sino con los Estados Unidos), entre otros delitos no menos graves.

Ahora, es frecuente que empresarios, políticos o incluso jueces de alto rango del poder judicial, es decir, los delincuentes de cuello blanco, se vinculen con el crimen organizado, mostrándose socialmente como personas exitosas, respetables y honorables en distintas empresas que tienen origen en dinero de dudosa procedencia. Concluida esta parte, por ser nuestra realidad, es necesario hablar de ella, porque está estrechamente vinculada con el problema central de esta investigación.

En cuanto a la conceptualización de la solidaridad como una estrategia de intervención social desde el trabajo social, es de mencionarse que éste surgió como parte del trabajo desarrollado con la Familia Dieciochera (FD), particularmente durante la pandemia, ¿por qué razón? Porque la solidaridad es una práctica común entre los y las sujetas sociales de los sectores vulnerados (en donde generalmente trabajamos, justamente por las condiciones de precariedad en las que se encuentran).

Se observan entre las vecinas que se apoyan cuando alguna de ellas no tiene los insumos para comer; cuando existe una persona adulta mayor abandonada y le llevan de comer; también cuando alguien fallece y, entre las vecinas y vecinos, dan una cooperación monetaria

para darle a los deudos; cuando alguien enferma y el tratamiento es costoso; las mujeres realizan kermeses para vender alimentos que donan y lo que salga se lo dan a quien lo requiere; también la existencia de redes de mujeres que se apoyan para cuidar a los hijos de las amigas cuando estas tienen que trabajar; o el préstamo de la lavadora para que quienes no tengan, puedan lavar su ropa y cooperen para la luz. Y como estos ejemplos, hay muchos que dan cuenta de las distintas formas de solidaridad presentes en este grupo y que, por ello, es necesario enfocarnos en este concepto y rescatarlo en la práctica concreta.

Justamente durante la pandemia se coincidió con la FD a partir del reparto de despensas que trabajadoras sociales y alumnas entregaban a las familias que se habían quedado sin trabajo. Esta labor de redes de apoyo social surgió durante este evento inédito, en donde participamos conjuntamente con otro colectivo de jubilados del INEGI en una de las colonias apartadas de la ciudad, en donde no había servicios de infraestructura pública ni mucho menos servicios sociales como escuelas, centro de salud, ni comercio alguno.

Estas experiencias signaron el compromiso y reflexión en torno a la solidaridad, por ello se plantea desde esta experiencia el concepto de solidaridad desde el trabajo social en tres dimensiones: a) como valor ético; b) como estrategia de intervención; y c) como acción social. a) Como valor ético, porque restituye la cohesión social, dando sentido de pertenencia como seres humanos y humanas que somos, porque en el acto de compartir se reconoce a las y los otros como un nosotros; b) como estrategia de intervención en dos sentidos, uno como asistencia social durante la emergencia de eventos climáticos y naturales, en donde los grupos afectados por estos eventos requieren de ayuda inmediata; y otro orientado al bienestar o desarrollo social, en la intencionalidad de crear formas de economía social solidaria (ESS) como respuesta al creciente desempleo y la consiguiente exclusión laboral del capitalismo neoliberal; y c) como acción social, ya que toda la ciudadanía es parte de la sociedad y debe promoverse

en ella acciones solidarias hacia proyectos productivos de ESS que tiendan a disminuir las brechas socioeconómicas que han generado una complejidad de problemáticas sociales y en donde como sociedad nos toca participar en acciones solidarias mediante mecanismos ciudadanos que propicien la llegada de recursos a dichos proyectos, en el entendido de que no es asistencia y mucho menos caridad, sino solidaridad social, con acciones que en donde se coincide con [Bauman \(2000\)](#), en el planteamiento de una sociedad líquida, fragmentada, individualizada y ajena a los otros, por lo que desde la experiencia vivida se propone el rescate de acciones solidarias que llevan a cabo los distintos grupos sociales populares en aras de recuperar el tejido social ([Perea et ál., 2021](#)).

La solidaridad social como acción social no sustituye la responsabilidad que al Estado toca brindar hacia la población en condiciones de desigualdad social, es importante promover en la sociedad, en los grupos como la familia, amigos, colegas, compañeros de trabajo y personas afines con estos propósitos, con quienes se pueda promover acciones de apoyo solidario y que necesariamente tengan que partir de la base, por ello la estrategia de trabajar y colaborar con la FD en acciones solidarias, es parte del compromiso con ellos, además, de apoyar, fomentar y dar continuidad a este colectivo que surge desde la población para responder con estas acciones en lo inmediato a las necesidades urgentes, pero con el propósito de desarrollar a largo plazo proyectos que busquen resolver de manera conjunta con los sujetos y sujetas sociales la problemática de desigualdad social que se manifiesta en sus espacios comunitarios, en la medida de las posibilidades tanto de su organización y participación, como del acompañamiento del trabajo social.

En este sentido, cabe señalar que en el transcurrir de este trabajo conjunto con la FD, se ha venido impulsando un proyecto cooperativo de consumo, a raíz de la necesidad de comprar productos básicos a bajo costo para la formación de despensas que son parte de la labor solidaria que desempeña la FD y que se brindan a las familias que

así lo requieren. Al inicio de su gestación se sumaron dos parejas, con ellos se trabajó para plantearles el proyecto a detalle, haciendo talleres para informar sobre la constitución de la cooperativa.

Por otro lado, desde el inicio del proyecto, se platicó con la FD y lo vieron conveniente porque es una necesidad comprar productos a bajo costo para armar las despensas, sin embargo para la mayoría de los integrantes no era factible porque trabajan, y es la forma en que aseguran el ingreso en sus familias. Solo dos parejas se interesaron en participar, pero como señalamos perdieron interés en el camino, en cuanto el proceso se prolongó por más tiempo (cuestiones administrativas e ignorancia de autoridades sobre la Ley de Cooperativas). Posteriormente, se volvió a abordar el tema para ver si se incorporaban de alguna forma, pero definitivamente reiteraron su negativa, por las razones ya señaladas y porque no tenían tiempo para dedicarse a la cooperativa. A pesar de ello, se acordó seguir con el proyecto, esperando que más adelante pudieran encontrar una forma de apoyarlo y desde luego, obtener los beneficios.

Esas han sido limitantes tanto internas como externas que influyeron para postergar indefinidamente la cooperativa, entendemos que son procesos que se van tejiendo minuciosamente con el tiempo, una vez que la cooperativa comience a operar, los integrantes de la FD vayan identificando las ventajas comparativas de su utilidad y beneficios que aporta, de esta forma, se irán apropiando del mismo, como ha sucedido en otras comunidades y en otras latitudes del país, particularmente en el centro y sureste de México, en donde al inicio no identificaban el beneficio de los proyectos cooperativos y productivos, pero al ver sus ventajas, va cambiando su percepción y se van sumando a ellos porque constituyen colectivamente una alternativa real para mejorar sus condiciones de vida.

RESULTADOS

Respecto al consumo de sustancias adictivas que reportaron en su momento las y los integrantes de la FD, se identificó a una mujer que declaró haber consumido drogas y 21 hombres han consumido algún tipo de droga, siendo importante mencionar que aún continúan su consumo con algunas variaciones en el tipo de sustancia, así como llevar a cabo estrategias para espaciar y mantener el no consumo.

Respecto a las sustancias que reconocen haber consumido, se encuentran: la marihuana, el Cristal, alcohol y tabaco, y solo tres personas abiertamente declararon consumir de todo, además de las ya señaladas, inhalantes (tiner y cemento 5,000), cocaína y heroína.

La edad a la que iniciaron su consumo fue temprana, en la secundaria durante la adolescencia cuando por invitación de amigos y/o vecinos accedieron a las drogas, momento en el que por imitación o no quedarse atrás decidieron hacerlo, además de manifestar conflictos en la familia y sentirse solos porque sus padres trabajaban, existiendo en algunos casos violencia de género, violencia familiar, cuestiones de alcoholismo y machismo.

Cabe hacer mención que actualmente continúan consumiendo 16 personas alcohol y tabaco, y 2 personas solamente alcohol, observándose un predominio de ambas drogas lícitas, como un mecanismo sustituto de las drogas duras e ilegales como el Cristal, la piedra y la cocaína.

Otra de las drogas más consumida por algunos de los miembros de la FD es la marihuana por su fácil accesibilidad, siendo necesario mencionar que su consumo obedece a la necesidad de mantenerse menos ansiosos, debido al antecedente de haber consumido sustancias muy adictivas y más dañinas a la salud en corto plazo, como el Cristal y la piedra. En algunos casos, en donde ha sido por mucho más tiempo la dependencia adictiva y han sido tratados

médicamente en algún momento, continúan compensando sus estados de ansiedad con antidepresivos, siendo el más común la sertralina.

Así también se observa que las mujeres en este grupo presentan una baja incidencia en el consumo de sustancias adictivas duras, únicamente se identificó a una mujer que consume asiduamente alcohol y tabaco, y tres que consumen alcohol ocasionalmente, esto de alguna manera se explica porque todas las mujeres de este grupo son parejas y/o esposas de los integrantes.

Como puede observarse, los adultos en su mayoría continúan ligados de una o de otra forma al consumo de sustancias, aunque se mantienen activos y funcionales en sus trabajos, en sus responsabilidades familiares en donde se asumen como jefes de familia y participando en la FD, pues ésta, como se abordará posteriormente, representa uno de los aspectos más importantes y significativos que le da sentido a su vida para trascender y sentir que aportan a la sociedad con “su granito de arena” como ellos y ellas bien suelen decir.

Para conocer su experiencia con las sustancias adictivas, las narrativas de su experiencia vivida, permitieron el acercamiento a su realidad, a su historia y presente vida familiar. En ellas mostraron su vinculación con las drogas; no obstante, se observaron algunas resistencias por parte de ellos pues decían: “no me gusta trabajar como en la escuela, ya pase por ahí, no me gusta escribir, porque apenas y lo sé hacer, eso de escribir lo que pienso, me cuesta mucho trabajo” (Daniel 40 años, 26.01.24), por eso preferían platicar y comentar lo que ellos han vivido y experimentado, porque es la forma pragmática en como sucede su cotidiano hacer y la habilidad dialógica que poseen y más desarrollan. Cabe hacer mención que en ese sentido, como equipo de investigación desde el trabajo social y como agentes externas, se respetaron las reglas y los límites que ponía la FD, el equipo se adaptó a ellos, a sus normas y prácticas organizativas, así como en las labores de apoyo que consistían en brindar despensas, llevar alimentos calientes a los

hospitales, en donar medicinas, pañales o formar una mesa de dulces para que las personas vendieran y organizar kermeses para recaudar fondos, de tal manera fue la inserción que las trabajadoras sociales investigadoras eran reconocidas y las hacían sentir parte del grupo.

El trabajo continuo con la FD ha permitido identificar que la labor solidaria que llevan a cabo con las personas que presentan una situación de pobreza extrema o de limitaciones económicas como la que ellos viven, constituye un componente sustancial que funciona como factor de contención para la disminución de su consumo adictivo, pues es una acción colectiva que les permite construir identidad y sentido de pertenencia, al tener una significación que le da sentido a sus vidas o existencia, pues en el acto de compartir lo poco que tienen, experimentan felicidad que se denota en su sonrisa, en su mirada, en su camaradería, en el contacto con el otro a través de una palmada o pasar el brazo por la espalda en señal de gratificación; es en este proceso de compartir con el otro, en donde se sienten valiosos, porque más allá de una situación anecdótica y de buena fe, es una vivencia colectiva que disfrutan con gratitud, porque dando es como reciben y no es que sea un descubrimiento esta vivencia, sino que en el caso que nos ocupa, la solidaridad que llevan a cabo impacta en sus vidas, en la forma de vivir, de sentir y de apreciar la relación con los otros por la experiencia vivida.

El apoyo solidario que llevan a cabo con quienes se reconocen por compartir una condición socioeconómica precaria que los acerca e implica también, un proceso de reciprocidad simultáneo, que se produce en el acto solidario de dar, recibiendo a cambio el agradecimiento de las personas a través de sus miradas, de su lenguaje corporal y verbal que denota también, reconocimiento por quienes se acuerdan de ellos, y es ahí en donde ambas partes se hermanan y empatizan, pues generalmente se sienten solos y olvidados no solo por su entorno inmediato, sino por la sociedad y el mismo Estado, que no los ve, ni los escucha.

En la solidaridad es la otredad la que van construyendo al identificarse con el otro y hacer un nosotros en la alteridad, en el sentido de que se es en relación con los otros, ambos conceptos se toman de la obra de [Ornelas et ál. \(2019\)](#):

En este proceso, se ponen en juego identificaciones como el sentido de pertenencia social que consiste en la inclusión en un colectivo [...] Esto implica que hay dos niveles de identidad, el que tiene que ver con la mera adscripción o membresía al colectivo y el que supone conocer y compartir los contenidos socialmente aceptados por el mismo; es decir, estar conscientes de los rasgos que los hacen comunes y constituyen el nosotros. [\(p. 14\)](#)

Respecto a este apoyo solidario ya mencionado, existe afinidad con la definición que el jazzista Louis Armstrong da sobre el jazz y su relación con las formas de ayuda social: “cualquiera que lo haya experimentado, dándolo y recibiéndolo, puede comprender lo que es el apoyo social” ([Gracia, 1997, p. 23](#)). Esta definición se comparte como trabajadoras sociales y aunque no es propiamente un constructo teórico, tiene su validez en las experiencias vividas de reciprocidad, ya que dando es como se recibe, y este intercambio influye en la modificación de las percepciones y acciones de los sujetos sociales, dándole sentido. A su vez, se construye la significación que tiene para ellos y ellas esas labores de apoyo solidario, coincidiendo al respecto con [Housset \(2000, p. 259\)](#), quien escribió acerca de la obra de Husserl, en donde señala que “...constituir consiste en dar sentido a lo que se presenta a la conciencia”.

No es el acto de producir un objeto en el mundo, sino el acto por el que el sentido de un objeto (real o no) se forma en el curso de la experiencia y además porque constituye parte sustantiva de la subjetividad y las intersubjetividades que se van entretejiendo en ese hacer solidario, las cuales vamos reconociendo en un nosotros con los otros y de los otros en nosotros, otredad y alteridad, para esa construcción social denominada apoyo solidario. Y cuando se tejen

las intersubjetividades en el reconocimiento mutuo, son aspectos que funcionan como elementos que se significan en *un nosotros*, creando cohesión y sentido de pertenencia, por ello es que el grupo se crea y se recrea en esas prácticas solidarias, porque constituyen factores protectores para canalizar la satisfacción de sus necesidades subjetivas con acciones que gratifican y restituyen su ser interior, un aspecto sumamente esencial para desviar su atención del consumo de sustancias adictivas y contrarrestar de alguna manera, los efectos de una sociedad cada vez más excluyente, fragmentada, despersonalizada, que deshumaniza las relaciones interpersonales y sociales, cosificándolas y reduciéndose a un individualismo egótico, este término en un sentido egoísta.

Con lo anterior no se pretende caer en una generalización de que todos los grupos que hacen este tipo de actividades de apoyo social, pueden desistir del consumo adictivo, porque no constituye en sí misma una panacea, además de considerar que los aspectos personales, los contextos sociales, económicos y sociales varían en entornos distintos. Pero sí, destacar que con esta experiencia solidaria de trabajo grupal que involucra un proceso implícito inherente a las necesidades del ser interior que al compartir se construye colectivamente en la relación con los otros, particularmente en función de una tarea expresa que como bien dice [Pichon-Rivière \(1983\)](#), es la tarea explícita de la acción social y solidaria la que convoca al grupo al trabajo, que en este caso como FD, la han asumido y se han apropiado de ella, coincidiendo con [Giménez \(1996\)](#), quien plantea que “mediante la asunción de algún rol dentro de la colectividad o mediante la apropiación e interiorización, al menos parcial del complejo simbólico-cultural que funge como emblema de la colectividad en cuestión” (p. 54), por lo que su labor de apoyo constituye su misión y razón de ser como grupo, que además tiene una función social importante que los cohesiona, pero también constituye una de las motivaciones esenciales de su ser interior que comparten colectivamente.

Esta acción solidaria es un punto de encuentro y coincidencia grupal como lo simboliza también la frase acuñada por ellos y que suelen comunicar con frecuencia en su narrativa: “No damos porque nos sobre, sino porque sabemos lo que es no tener”, misma que significa su esencia como grupo, una frase que simboliza y refleja no sólo la vivencia propia de la pobreza y por ende, la empatía hacia quienes viven en semejantes condiciones para apoyarse y darse la mano, sino la importancia de una estrecha relación entre la significación del apoyo solidario y la intencionalidad de frenar el consumo de sustancias adictivas, que en este caso, ambas se amalgaman para cohesionar al grupo, fungiendo como factores de protección, contención y reafirmación; el primero, disuadiendo a los jóvenes adultos para consumir; el segundo, en la limitación de la necesidad de consumir; y el tercero, en la ratificación de su decisión de no consumir, porque están cubriendo una necesidad vital interna de autorreconocimiento de su identidad individual y colectiva.

En este sentido, [Schütz \(2004, p. 66\)](#) señala: “que tener un mundo significa construir significados, tanto subjetivos como objetivos, que los individuos construyen al captar sus propias acciones y al interpretar las acciones subjetivamente significativas de los otros”, y es este proceso de construcción de significados en donde las y los integrantes de la FD hacen un ensamble acorde entre la significación de su acción solidaria y su relación con el desistimiento del consumo de sustancias adictivas, en donde la fenomenología sociológica de Schütz es la apropiada para el análisis de lo que hace posible la interacción entre subjetividades y la creación de significados compartidos.

Lo anterior no excluye una recaída por parte de estos jóvenes, desde luego que el riesgo está latente, siendo importante destacar que además de las acciones colectivas de solidaridad en la vida grupal, implementan estrategias en lo individual para desistir del consumo tales como la abstinencia, así como la práctica del “juramento de no tomar o consumir alguna sustancia adictiva”, durante la cuaresma,



llegando a jurar de tres a seis meses, incluso hasta por un año, realizando promesas a la Virgen de Guadalupe o a algún Santo de su devoción, que generalmente denominan como “San Juditas”, esto los compromete para abstenerse del consumo de drogas, pues un juramento tiene un peso muy importante en sus creencias religiosas y no cumplirlo, lo consideran una falta o pecado que los hace sentir mal moralmente. En otros casos, procuran entre otras estrategias: mantenerse ocupados en actividades laborales y familiares; y en algunos casos que son los menos, la práctica de algún deporte, siendo el fútbol el más común o en algunos casos, rutinas de ejercicio, activación física y caminatas.

Las creencias en torno al machismo y a su origen de clase prevalecen en sus testimonios, porque dicen que “hay que darle chingazos para no dejarse caer”, y que ellos “como barrio que somos nos ha tocado vivir machín con violencia y probar de todo y eso nos hace fuertes para saber cómo no clavarse con el vicio, pero aquellos que no son de barrio y han caído en las drogas, no se saben controlar y por eso se pierden en el vicio” (Alejo, 40 años, 7.02.2024). Como puede observarse, en su narrativa dan cuenta de una resiliencia machista y en ella, se puede identificar cómo reivindican su condición de clase y su pertenencia al territorio, así como la violencia a la que han estado sujetos en la familia, muchos casos en forma generacional, con crianzas basadas en el maltrato ofensivo y físico, algunos corridos o expulsados de sus casas cuando fueron descubiertos consumiendo sustancias o decidir huir de su familia; en el barrio, peleando violentamente con otros grupos de cholos por sus territorios; y en la sociedad, la violencia de ser excluidos y estigmatizados; en situaciones extremas, algunos han tenido la experiencia de ser ingresados para su desintoxicación a los llamados “Anexos”, en donde reconocen que en lugar de haberles ayudado, les ha perjudicado pues salen conociendo a personas que facilitan el conseguir alguna droga e incluso se vuelven compañeros que fomentan el consumo, y en otros casos, enojados con su familia porque se dicen sentir incomprendidos.

Este machismo patriarcal se reafirma cuando reconocen que las experiencias que han tenido los han fortalecido, “pues nos hemos sabido cinchar machín ante lo que hemos vivido” (Rómulo, 42 años, 31.01.2024), es ese el lenguaje que usan para expresar cómo han resistido y cómo son fuertes para limitar o abstenerse de su consumo, siendo algo que los hace sentirse orgullosos de cómo a pesar de lo vivido, siguen ahí, viendo de frente para seguir adelante con la familia que han creado, apoyando además a sus pares y a la población que se acerca con ellos para pedirles apoyo, es una manera de mostrar no sólo fortaleza sino también un poder que los reafirma como hombres que son y mucho más, si son de barrio, porque sólo en el barrio es en donde se vive lo más duro en condiciones adversas por la situación de violencia familiar y social, así como la precariedad económica, territorial y cultural.

El predominio masculino en el grupo desde su inicio fue una característica, no obstante, el ingreso de mujeres ha sido paulatino, y son las parejas de los integrantes, aún prevalece el poder de los hombres, pues son ellos quienes deciden si las propuestas se llevan a cabo o no. La participación de las mujeres es generalmente marginal, sólo se abocan a la preparación de alimentos para las misiones (así denominan a todas las formas de apoyo que brindan), entre ellas: cuando se lleva café y pan, o tamales y atole a hospitales estatales, en ocasiones participan proponiendo, pero pocas veces son tomadas en cuenta y sus voces se acallan porque se enfrasan en la discusión de otros aspectos, lo que denota un signo machista del poder patriarcal que priva dentro del grupo y sobre el que se está trabajando desde el equipo de investigación, pidiendo mociones para escuchar a las mujeres que quieren hablar en las reuniones y hacer oír y respetar su palabra para ir avanzando en este aspecto, modificando de alguna manera la participación de las mujeres.

Situación que ha traído consigo diferencias, sobre todo cuando como trabajadoras sociales han permitido hacer algunos cambios en la forma de trabajo grupal con algunas técnicas y herramientas, pero

al término de un año, durante una evaluación expresaron que no les era posible trabajar de esa manera porque no les gustaba estar como en la escuelita, que ya habían pasado por eso, por lo que se tuvo que adecuar la intervención y acoplarse a ellos.

Continuando con la importancia que tiene el apoyo solidario en el bienestar de quienes la llevan a cabo, retomamos de [Enrique Gracia \(1997\)](#), autor que se ha adentrado en este tema del apoyo social en la intervención comunitaria, planteando que el apoyo social coadyuva a procesos de salud física y mental, y en ese sentido, se coincide con él, ya que en esta experiencia de intervención con la FD, el apoyo solidario que brindan, reconstituye los lazos afectivos y la salud emocional, porque han recobrado el sentido que tiene para ellos la vida, al ser capaces de brindar ayuda a quienes viven una situación socioeconómica semejante a la de ellos. Este sentido de la vida, que perdieron, como ya se señaló a partir de experiencias violentas, traumáticas: familiares y sociales que los marcaron por el sufrimiento que les dejó y su escape del consumo de sustancias adictivas, el apoyo solidario viene a fungir como una terapia social¹ la cual, va transformando su manera de ver y vivir la vida y con ello su relación con las sustancias adictivas, valorando su vida, la relación con su pareja e hijos, tratando de modificar patrones de conducta que conscientemente ya no quieren reproducir, por lo que han sufrido, compartiendo con sus esposas y dedicando tiempo en la educación de sus hijos e hijas, en el juego y en la reproducción de sus prácticas solidarias, al hacerlos partícipes de las mismas, aspecto que tienden a modificar su dinámica familiar y a proporcionarles otra visión y experiencia de la vida.

Es destacable que la labor de la FD apunta hacia la cohesión social mediante estas prácticas de apoyo social, que si bien en ellas subyacen sus creencias religiosas, podría interpretarse como una forma caritativa o de asistencialismo, pero no es así, porque la asistencia se proporciona desde una institución pública o privada de forma vertical, de arriba hacia abajo y en este caso, dicha iniciativa social parte de su

¹ Es un término acuñado por el sociólogo Omar Cantero, también miembro de la Familia Dieciochera, quien tuvo oportunidad de estudiar en la Universidad Autónoma de Aguascalientes y quien reivindica su condición de cholo y sus raíces de barrio.

misma condición de exclusión y desventaja social, como cholos que son y que se asumen como tales, algunos con problemas de consumo de sustancias adictivas, pero consiste en una acción distinta, porque el trabajo que llevan a cabo es una organización y práctica social auténtica que se gestó desde estos jóvenes adultos, es decir, no se organizaron porque alguien desde fuera los organizara, sino porque su organización parte de la base social, de sus condiciones materiales y subjetivas de vida, condiciones que los impulsó a agruparse para llevar a cabo sus iniciativas de apoyo social.

Por lo señalado, se considera que su organización de base social comparte valores de economía social solidaria, tales como la solidaridad, la cooperación, la reciprocidad, el valor de la palabra, el apoyo y, por las necesidades a las que pretende responder y que son las razones que motivan su agrupación, el carácter horizontal, por su conformación colectiva. Además, por la afinidad de las problemáticas sociales y los objetivos sociales e individuales que comparten, la FD, es un bien social en sí misma, porque no tiene fines políticos, religiosos, económicos, sino la consecución de un bien común para quienes como ellos, viven precariamente.

Los integrantes de la FD, se asumen como Cholos, lo que les proporciona mayor identidad y sentido de pertenencia como grupo, son parte de un sector amplio de la juventud de Aguascalientes, y de otras ciudades del País, particularmente del norte y zonas fronterizas; jóvenes que enfrentan la exclusión de servicios básicos como empleo formal, salud, educación y vivienda digna; estigmatizados por la sociedad por su comportamiento “irreverente” según las normas sociales, por sus grafitis, sus expresiones, forma de vestir, sus tatuajes y consumir sustancias adictivas. Ser cholo o chola no es aceptado socialmente debido a prejuicios que los asocian con drogadicción, vandalismo y delincuencia, evidenciando desconocimiento, invisibilidad y distancia social de quienes los señalan ([Perea et ál., 2023](#)).

Lo anterior tiene relación con lo que señala [Zalpa \(2018, como se citó en Perea et ál., 2023\)](#), con respecto a la diferenciación que las sociedades occidentales hacen por la clase social, por raza, religión o por grupos:

[...] la identidad social, entendida como diferenciación. El grupo nosotros se define por oposición con el grupo ellos: nosotros los negros/ ellos los blancos; nosotros los católicos/ellos los evangélicos; nosotros los nativos/ ellos los migrantes. Las trabajadoras sociales saben por experiencia que la identidad social basada en el grupo nosotros, por oposición al grupo ellos, en algunas ocasiones puede favorecer las acciones colectivas, mientras que en otras puede ser un obstáculo por el rechazo de quienes no son como nosotros. (p. 51)

Es destacable el hecho de vivir en condición de exclusión social o de opresión social como lo denominaría [Paulo Freire \(2002\)](#), que se traduce en una privación permanente en la que viven, de ahí que se den con más frecuencia prácticas solidarias que de alguna manera mantienen vivo el tejido social y que en otro apartado abajo desarrollaremos al respecto, por mucho que el sistema opresor quiera mantener la fragmentación social como un medio de control y manipulación para conservar su status quo; surgen formas de organización de la misma base social, que con su acción, interpelan al sistema, creando formas que los unen para resistir en el reconocimiento de su condición oprimida, de ahí, una de las razones de la permanencia de un grupo como la FD ([Perea et ál., 2023](#)).

Figura 1

Modelo para la Intervención en la Práctica Comunitaria e Institucional (MIPCI)



Nota: Fotografía tomada el 18 de octubre de 2024.

DISCUSIÓN

Los temas que aquí se presentan son reflexiones y necesidades que se suscitaron a partir de la intervención con la Familia Dieciochera y que se exponen para su posterior estudio, análisis, discusión e intervención.

En Trabajo Social, los cuestionamientos en torno a ¿cómo intervenir en lo social? ha dado paso a varias propuestas y modelos para interesarse, no obstante, es importante señalar que aún sigue pendiente el cómo lograr un mayor nivel de participación de las personas que presentan una necesidad o problema sentido. Hay varias premisas, una de ellas basada en la larga experiencia de participación comunitaria e institucional que plantea la existencia de una práctica cultural con raigambre en el paternalismo asistencial desde el Estado, que ha dejado una impronta que subyace en sus creencias y que condiciona la participación e involucramiento de las personas en procesos de organización colectiva, en espera de prebendas o beneficios, que no resuelven, pero que logran un efecto paliativo desmovilizador, de apatía y de poco interés por participar, pues son instrumentos que tienen esa función mediática.

Otra premisa, que se suma a la anterior, es la subjetividad individualista que se ha gestado en las personas desde el sistema capitalista neoliberal, se ha introyectado e incorpora como propia, y de su hacer cotidiano, al tener solo la intencionalidad de ver por sí mismos y su familia en el mejor de los casos, se resume con una expresión muy común en la narrativa popular: “mientras a mi familia y a mí no nos afecte, que el mundo ruede”, aunado a los distractores mediáticos de los medios de comunicación que refuerzan esta idea y práctica habitual muy extendida.

Estas actitudes son propias de sectores medios de la sociedad, quienes se ven consumidos y atrapados por la vorágine del consumismo capitalista y en aras de tener un “estatus socioeconómico” que le

distinga y los visibilice de los demás, de lo popular; se muestran indiferentes, pasivos e individualizados, como si ello les permitiese escapar de la cosificación y enajenación que impone el sistema, así también se van tornando sus relaciones de convivencia social con menor tolerancia hacia otros grupos que son diferentes a ellos.

Por lo anterior, lo que se pretende aquí discutir es que existe una percepción casi generalizada acerca de la sociedad como fragmentada, desvinculada y desarraigada de los grupos a los que formalmente pertenece, pero carente de sentido de pertenencia, inmersa en una avasallante dinámica social que en forma alienada impone patrones de conducta, consumo, de vestimenta, de belleza y que, a cambio, promete otorgar estatus social en una supuesta movilidad social acorde con el sistema económico y político imperante.

Vemos por otro lado a muchos jóvenes hombres, mujeres y de sexo indistinto, que egresan de las universidades con un título en mano, pero sin oportunidad para ingresar al mercado laboral en un corto o mediano plazo, porque el sistema político y económico no consideró el bono demográfico que representaba al inicio de este tercer milenio para ir preparando las condiciones propicias para su incorporación al ámbito productivo de bienes y servicios, sin siquiera contemplar el impacto que el avance tecnológico tendría en los distintos procesos del trabajo que ha traído, en consecuencia, el desplazamiento de personas ubicadas en el sector formal hacia la informalidad.

Se observa en otro sector social amplio, una sociedad dolida por la falta de atención a sus necesidades y demandas sociales que se debate entre el mantenerse en un trabajo y la necesidad de subsistir en situaciones de violencia, inseguridad y una creciente pérdida del poder adquisitivo. Sectores excluidos de los beneficios sociales que ha pregonado por décadas los gobiernos de corte neoliberal, como el acceso a la educación, a la salud, a la vivienda y a un empleo digno, sectores que por generaciones han visto reproducir sus precarias condiciones de vida y que, para ellos, ellas, sus hijos e hijas, nietos y nietas, no se avizoran mejores tiempos.

Retornando al punto de discusión sobre la falta de vínculos sociales, es una situación que debe llamar nuestra atención e interpelarnos para ver cómo desde nuestros espacios podemos ir retejiendo lo social, desde lo individual, lo familiar, los grupos, las comunidades, para ir rompiendo las fronteras de la intolerancia que se ha vuelto parte de nuestras actitudes frente a los demás, a lo diferente, a lo que no se ajusta a nuestra miope mirada, justamente porque nos hemos ido deshumanizando, al individualizarnos, fragmentarnos y cosificando, nos encerramos en nuestros nichos como si fuesen la instancia que impedirá que seamos afectados por todas las distintas problemáticas sociales, ambientales, económicas, políticas, demográficas y culturales, como si no fuésemos parte de ellas y como si no estuviésemos llamados a trabajar por ellas en conjunto, justo porque hemos perdido la visión de lo colectivo, de lo grupal, hasta nuestras capacidades humanas de sentir, de pensar, de proponer y de actuar se están viendo mutiladas porque dejamos en manos de otros lo que nos compete hacer o bien porque esperamos que la Inteligencia Artificial (IA) nos pueda salvar, cuando su doble, triple o múltiples filos, nos obnubilan la mente para poder ver con claridad la realidad que nos rehusamos a ver: un mayor desplazamiento de la fuerza laboral productiva al desempleo, un incremento acelerado de las desigualdades sociales o ¿será que la IA y el poder económico que la sostiene está considerando justamente estos escenarios y sus posibles soluciones?

Ante estos futuros posibles, es necesario abrir nuestros ojos y nuestro corazón para poder entender que tenemos que apropiarnos de nuestro ser espiritual y social, para poder emprender la hazaña de ir construyendo un mundo mejor, develando las desigualdades sociales y con ello se integran todas y todos los demás aspectos, la categoría de lo social e ir abriéndonos en el reconocimiento de las diferencias, porque en este reconocimiento multidiverso es en donde está inmersa toda la unicidad que constituimos y somos como humanidad, que debemos reconocernos en esa condición humana creativa, racional, espiritual y subjetiva para entender que estamos

en un punto de quiebre del mundo y su biodiversidad, que requiere una respuesta colectiva de acuerdo a las distintas comunidades según su tipo, naturaleza y características particulares y disímiles, en aras de un proyecto común, que nos lleve a trascender en este mundo por enfrentar y buscar alternativas que nos lleven a sobrevivir como especie humana, tejiendo desde abajo, desde los grupos en resistencia para conocer sus formas y reproducirlas, porque por ello han resistido y permanecen, no inmutables ni lineales, sino en movimiento, adaptándose a los cambios para subsistir y seguir avanzando, a veces retrocediendo y otras avanzando un poco, pero resistiendo y moviéndose.

Por ello, el rescate de nuestras costumbres, tradiciones, ese diálogo con los otros y con nosotros para reconocernos, ese hacer comunidad a partir de cualquier motivo que puede provocar la convivencia con los que no son como nosotros o pensamos que no son iguales, ese compartir y solidarizarnos con las, los y les otros, ese trabajar por un bien común, sí, esas prácticas comunitarias que están llenas de experiencia, de historia y de una visión hacia el futuro, porque solo así, como las tribus en sus tiempos trabajaban por el bien común, por el reparto justo de lo trabajado, así nosotros debemos continuar, porque son las prácticas de resistencia que nos permitirán permanecer, cambiar e innovar socialmente para ir con rumbo, no desarticulados ni separados, todo lo contrario unidos, unidas y unides en la diferencia y en los puntos de encuentro.

Por esta razón, organizaciones como la FD, constituyen valores sociales que requieren de apoyarse y fortalecer sus formas organizativas, porque son grupos que surgen de la base social, que tienen arraigo e identidad con el sector social al que pertenecen, se identifican y sienten empatía, manteniendo lazos solidarios con las personas que viven en situaciones semejantes de estrechez económica y social, no muestran intolerancia respecto a otros grupos, aunque sí reconocen que cuando se adentran en otras colonias o barrios, tienen que hacerlo de día o bien con personas conocidas, pues corren el riesgo de ser

agredidos ya que existen grupos o bandas que disputan el territorio y se muestran agresivos cuando alguien que no pertenece a la colonia, intimidan, amenazan o llegan a la agresión física, algo semejante a lo que llegaron a hacer cuando ellos eran jóvenes.

Estas acciones solidarias como ya se señaló con antelación, les proporcionan sentido de pertenencia como grupo y sentido a sus vidas al compartir lo poco que tienen y dan un giro a sus vidas al hacer contención y resistencia para desviar su atención del consumo de sustancias adictivas hacia otras actividades que les hace valorar su vida y modificarla para dar una vida distinta a familias tanto de origen como las que forman con su pareja; todo lo anterior son elementos que van construyendo comunidad y que deben rescatarse de estas experiencias organizativas de acción solidaria.

Premisas para concluir

El modelo de intervención (MIPCI) propuesto en el 2018, ha sido una herramienta teórico-metodológica que permitió profundizar en el conocimiento de la realidad que vive el grupo de la Familia Dieciochera (FD) en un proceso de inserción que ha ofrecido ventajas en la relación horizontal con ellos, en el acompañamiento continuo de su trabajo de acción solidaria y en el conocimiento de las creencias que subyacen en esa labor que les da identidad y sentido de vida.

La premisa central de este estudio respecto a la relación significativa entre el consumo de sustancias adictivas y la práctica de acción solidaria de la FD, se ratifica en su experiencia de apoyo social, ya que esta labor da sentido a sus vidas, permitiéndoles recuperarse al disuadirlos del consumo, aunque no logran retirarse en forma definitiva del mismo, sí modifican el tipo de sustancias que usan, contienen y se retiran de drogas como el crack, la cocaína y la marihuana, aunque aún prevalece el alcohol y/o el cigarro, apoyándose en el grupo y en sus actividades que les dan un soporte social y emocional importante para no recaer, aprendiendo a coexistir con ello y con su realidad,

planteándose expectativas de vida que buscan mejorarla. En el plano social, su acción social reivindica su posición en la sociedad local para hacerse visibles y desmontar los prejuicios que giran en torno a su condición como cholos.

Parte del conocimiento importante que se obtiene de esta experiencia es el reconocimiento del trabajo desarrollado por este grupo, como una aportación de innovación social, pues constituye un Modelo de Contención para el Consumo de Sustancias Adictivas que surge de las distintas vivencias de su realidad, en donde confluyen distintos factores personales, familiares, sociales, culturales, económicos; siendo la significación del consumo y la relación de su práctica solidaria con personas de igual condición socioeconómica y cultural, los elementos sustantivos del mismo, en donde cobra sentido en sus vidas para recobrar su valía como sujetas y sujetos sociales, su capacidad de autodeterminación y coadyuvar a la cohesión social en su entorno y territorio; en este sentido, la recuperación de su agencia como actores del cambio social.

El consumo de sustancias adictivas es un problema multifactorial que rebasa el estudio e intervención de una disciplina, se requiere del concierto disciplinar para abordarlo desde distintos flancos y tener una perspectiva más amplia del mismo, incluso de la participación y voluntad de autoridades locales, estatales y federales para trabajar con este flagelo de manera conjunta y sí, se requiere de voluntad política para poder también ir creando un frente institucional, académico, político y ciudadano que busque restituir el daño con distintas formas que ha hecho en la sociedad mexicana este monstruo de mil cabezas que es el crimen organizado, y también crear las condiciones políticas para la participación social e institucional, el diseño de políticas sociales integrales, así como la inversión en gasto social y privado para prevenir dicho consumo con acciones que partan desde la población y sus necesidades.

El trabajo con la FD ha sido una experiencia de trabajo que ha involucrado vivencias, aprendizajes, emociones, conflictos y aspiraciones, con miras a continuar trabajando con la solidaridad como estrategia de intervención desde el trabajo social, porque es una forma de hacer acompañamiento para trabajar con grupos auténticos de base que buscan en alguna medida romper con los esquemas estigmatizados que se tienen sobre los cholos y sus distintos tipos de exclusión y es con estos grupos independientemente del tipo que sean, pero que esencialmente sean parte de la base social, en donde el trabajo social debe mantenerse vinculado, para no perder la perspectiva de las y los actores sociales para la elaboración conjunta de propuestas o estrategias de intervención que incidan en su entorno inmediato.

La solidaridad como estrategia de intervención para el trabajo social, es un valor que se tiene que rescatar y darle sentido con nuestra práctica para construir narrativas cognitivas fundamentadas en la intervención, pues nuestra especificidad disciplinar radica en la intervención en lo social y qué mejor que promover y trabajar con esta estrategia en tiempos en donde se ha perdido el sentido colectivo y el sentido de un nosotros y no es más que retomar las mismas prácticas solidarias de los sectores con los que trabajamos para impulsarlas y proyectarlas hacia otros campos disciplinares en aras de ir diluyendo las barreras disciplinarias para trabajar transdisciplinariamente.

El trabajo social necesariamente tiene que estar vinculado a los grupos y movimientos sociales, ya que posibilita estar de cerca con los sujetos y sujetas del cambio social y no pensar que como disciplina del saber-hacer en la intervención social es la que genera los cambios sociales, a trabajo social le toca conocer la complejidad de la realidad social desde distintas formas epistemológicas, para acompañar, investigar, orientar, informar, gestionar, participar, intervenir y formar cuadros para que continúen con su labor en su contexto a través de procesos participativos, horizontales y solidarios, porque de esta manera es como se irá aportando desde el quehacer disciplinar a la construcción de otras realidades posibles en donde se busque resarcir de alguna

manera la desigualdad social, la defensa de los derechos humanos y ambientales, la equidad de género y la inclusión de todo tipo de diversidad étnica, cultural, de discapacidad y sexual, para confluir con ellos y ser parte de la promoción del cambio social en los distintos ámbitos en donde nos desempeñamos tanto en el nivel institucional público como privado y con mayor razón en el sector social.

REFERENCIAS

Ander Egg, E. (1990). *Repensando la Investigación Acción Participativa*. Editorial Ateneo.

Bauman, Z. (2003). *Modernidad Líquida*. Fondo de Cultura Económica.

Cruz Martín del Campo, S., León Parra, B. y Angulo Rosas, E. A. (2019). *Lo que hay que saber sobre drogas*. Centros de Integración Juvenil. http://www.cij.gob.mx/sabersobredrogas/pdf/Saber_sobre_Drogas_2019.pdf

Fals Borda, O. (1997). *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis*. Tercer Mundo, Editores.

Freire, P. (2002). *La pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.

Gracia Fuster, E. (1997). *El apoyo social en la intervención comunitaria*. Editorial Paidós.

Giménez, G. (1996). La identidad social o el retorno del sujeto en sociología. En L. Méndez y Mercado (Ed.), *Identidad: análisis y teoría, simbolismo, sociedades complejas, nacionalismo y etnicidad: III Coloquio Paul Kirchhoff* (pp. 183-205). Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas.

Housset, E. (2000). *Husserl et l'énigme du monde*. Seuil.

- Medina Mora, M. E., Real, T., Villatoro, J. y Natera, G. (2013). Las drogas y la salud pública: ¿hacia dónde vamos? *Salud Pública de México*, 55(1), 67-73. <https://doi.org/10.1590/S0036-36342013000100010>
- OMS (2004). *Neurociencia del consumo y dependencia de sustancias psicoactivas*. Organización Mundial de la Salud. World Health Organization. <https://www.who.int/docs/default-source/substance-use/neuroscience-spanish.pdf>
- Ornelas Bernal, A., Tello Peón, N. y Brain Calderón, M. L. (2019). *Intervención de Trabajo Social con Grupos*. Escuela Nacional de Trabajo Social y Universidad Autónoma de México. <https://centrohumanista.edu.mx/biblioteca/files/original/c9a904d4b919880db97551c77a31e09e.pdf>
- Perea Velázquez, M., Ortiz Rodríguez, M. T., Sandoval González, A. H. y Castillo Cervantes, M. G. (2018). Propuesta preliminar de un modelo de intervención para la práctica comunitaria e institucional del trabajo social. *Revista Perspectivas Sociales*, 20(2), 121-139. <http://perspectivassociales.uanl.mx/index.php/pers/issue/view/10/showToc>
- Perea Velázquez, M. E., Ornelas Perea, M., Ortiz Rodríguez, M. T., Sandoval González, A. H. y Castillo Martínez, M. G. (2021). La pandemia de la COVID-19 y sus impactos. Una mirada con enfoque multidisciplinar. *Realidades. Revista de la Facultad de Trabajo Social y Desarrollo Humano*, 10(2), 21-52. <https://realidades.uanl.mx/index.php/realidades/issue/view/21>
- Perea Velázquez, M. E., Torres Carrasco, C., Castillo Martínez, M. G. y Sandoval González, A. H. (2023). Implementación del modelo de intervención para la práctica comunitaria e institucional (MIPCI) con un grupo de jóvenes de mujeres y hombres cholos. *Realidades. Revista de la Facultad de Trabajo Social y Desarrollo Humano*, 13(1), 38-72. <https://realidades.uanl.mx/index.php/realidades/article/view/174>

Pichon-Rivière, E. (1983). *El proceso grupal: Del psicoanálisis a la psicología social* (I). Ediciones Nueva Visión.

Schütz, A. y Luckman, T. (2004). *Las Estructuras del Mundo de la Vida*. Amorrortu.

Zalpa Ramírez, G. (2020). *Teorías de la acción social y estrategias de intervención del trabajo social*. Universidad Autónoma de Aguascalientes. https://editorial.uaa.mx/docs/teorias_accion_social.pdf